

UNA NUEVA INSCRIPCIÓN SOBRE INSTRUMENTO ARTESANAL PROCEDENTE DEL CASTILLO DE DOÑA BLANCA (PUERTO DE SANTA MARÍA, CÁDIZ)¹

José Ángel Zamora López

Introducción

El yacimiento del Castillo o Torre de Doña Blanca está constituido por los restos de un gran asentamiento humano cuya ocupación, que dio lugar a un auténtico “tell” de gran potencia estratigráfica, se remonta a los inicios del s. VIII y se extiende hasta los finales del III a. n. e². Se encuentra en lo que hoy es el término municipal de El Puerto de Santa María, al Oeste de la Bahía de Cádiz (**fig. 1**) en cuya orilla se halló en la antigüedad. Aunque se propuso que hubiera sido en origen un asentamiento indígena, para el director de las excavaciones, prof. Ruiz Mata, se trata en cambio desde su fundación de uno fenicio³.

Los materiales fenicios son en efecto abundantísimos en el yacimiento, que ha proporcionado también un buen número de hallazgos epigráficos⁴ de escritura, lengua y trasfondo cultural característicamente fenicios⁵. Algunos de estos epígrafes fueron con

- 1 El presente trabajo es fruto del proyecto de I+D financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación español “Estudio y edición de inscripciones fenicias y púnicas de la Península Ibérica inéditas o mal conocidas y publicación del corpus de epígrafes peninsulares” (FFI2010-17342), cuyos resultados se integran en el *CIP: Corpus Inscriptionum Phoenicarum necnon Poenicarum*, vid. Xella – Zamora 2007.
- 2 Según sus excavadores, las dataciones arqueológicas corresponden a cronologías tradicionales, basadas en un estudio “hiperpositivista” de los materiales cerámicos, véase Ruiz Mata 1999, p. 305. Debo agradecer al prof. Diego Ruiz Mata y a la arqueóloga Carmen Pérez la información suministrada, como parte de una ya larga y siempre amigable colaboración; lo mismo cabe decir de los comentarios intercambiados con la profa. Maria Giulia Amadasi. Los eventuales errores del texto son en cualquier caso responsabilidad exclusiva del autor.
- 3 Que sería parte, antigua e importante, del complejo proceso de ocupación colonial de toda el área, véase Ruiz Mata – Pérez 1995, Ruiz Mata 1999.
- 4 Véanse Cunchillos 1990; 1991; 1992; 1993; 1994 con los primeros hallazgos. La multiplicación de testimonios, así como la enfermedad y posterior fallecimiento del prof. Cunchillos, han hecho conveniente la edición separada y sucesiva de los epígrafes más importantes (atendiendo en cada caso al tipo de interés e implicaciones que presentan, véase recientemente Correa – Zamora 2008) para proceder después a su estudio conjunto (del que se han presentado ya varias síntesis preliminares, véanse Cunchillos – Zamora 2004, Cunchillos – Zamora 2005).
- 5 Se trata en su mayor parte de grafitos sobre cerámica, aunque hay también inscripciones sobre piedra y sobre metal; a los materiales incisos acompañan así mismo algunos pintados. La mayoría son breves, tratándose en muchos casos de meras marcas (grafemáticas o no); con todo, una veintena

toda probabilidad escritos en la zona por gentes de cultura oriental⁶ y aparecen ya en los primeros niveles de ocupación del lugar⁷, encontrándose así entre los más antiguos testimonios de escritura conocidos en el Occidente mediterráneo.

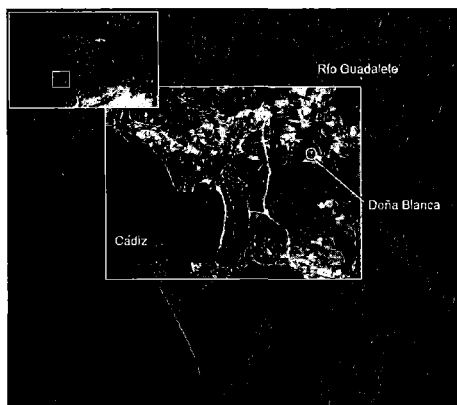


Fig. 1: Localización del lugar de hallazgo: el yacimiento del “Castillo de Doña Blanca”

En la zona sureste del yacimiento se halló una matriz de orfebre en la que fueron inscritos dos grafemas fenicios cuyo interés supera en mucho su aparente modestia: su técnica y *ductus* revela una mano hábil y ortodoxamente habituada al trazado de la escritura fenicia y al manejo de instrumentos de incisión precisa sobre piedra, como quizá confirma la propia interpretación de su texto; encontrado en un contexto arqueológico cuyos materiales se remontan a la primera mitad del s. VII a. n. e., deberá ser integrado en las discusiones sobre la introducción de la escritura en la antigua Península Ibérica y sobre el general de las relaciones culturales en la zona entre fenicios e indígenas en época arcaica (pues resulta muy similar a algún epígrafe de la misma época –tenido por notables especialistas como muestra de escritura local– hallado en Huelva) lo que justifica un estudio especialmente detallado de su carácter e interpretación.

de los testimonios presenta más de un grafema y existe, incluso, alguna inscripción de varias líneas. Algunos de los epígrafes recogen antropónimos típicamente fenicios, con elementos teonímicos como Baal o Eshmun. Véanse de nuevo Cunchillos – Zamora 2004, Cunchillos – Zamora 2005 y Zamora 2005a.

6 Véase de nuevo Zamora 2005a.

7 Del s. VIII al VII/VI a. n. e., véanse Cunchillos – Zamora 2005, Zamora 2005a. Los documentos aparecen en casi todos los niveles de casi todos los lugares excavados (con mayor concentración, como es lógico, en aquellas áreas donde con más intensidad se ha trabajado), véase Cunchillos – Zamora 2004.

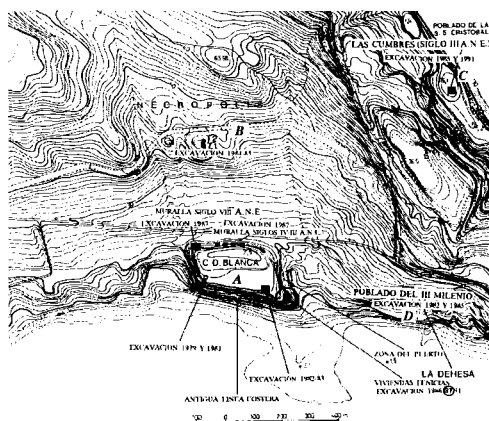


Fig. 2: Localización del lugar de hallazgo: el área suroriental del yacimiento

Lugar del hallazgo: contexto y datación arqueológicos

El nuevo grafito fue hallado en la vertiente norte de la citada área suroriental del yacimiento (fig. 2), conocida también como zona del “espólón”, por su forma saliente respecto al general del “tell”. El área se caracteriza por la presencia de viviendas de planta y técnica fenicias, correspondientes a los periodos iniciales del asentamiento (s. VIII a. n. e.), abandonadas después y cubiertas con niveles de colmatación. La pieza inscrita se encontró en las capas de relleno acumuladas sobre una primitiva calle de la zona residencial. Los materiales cerámicos de su estrato, según los arqueólogos, corresponden a la primera mitad del s. VII a. n. e. En este caso, y como veremos, el documento es además en sí mismo tipológicamente excepcional (pues no se trata del fragmento de una forma cerámica comparable a la mayor parte de los restos que le acompañaban).

El área sureste es extraordinariamente rica en hallazgos epigráficos: hasta cuarenta piezas encontradas en ella (en contextos y niveles variados) presentan grafemas o signos similares a grafemas fenicios; algunos de estos testimonios son claras inscripciones. En consonancia con la abundancia de materiales domésticos y la presencia de instrumentos artesanales, la mayor parte corresponden a inscripciones de propiedad, si bien no faltan muestras de lo que parecen apuntes administrativos⁸ ligados sin duda a algún tipo de actividad comercial o productiva. Por el contexto general el documento que nos ocupa podría sintonizar –por su función y por la de su propio soporte– con estos epígrafes hallados en su misma zona. Como veremos a continuación, podríamos en efecto

8 Por ejemplo, en el área aparecieron los restos de un magnífico enócoe con inscripción (TDB 91079) y otros fragmentos de cerámica con nombres personales fenicios incisos (como TDB 86001, uno de los primeros grafitos publicados –véase Cunchillos 1991– o TDB 02002, un grafito fragmentario con un antropónimo teóforo de Baal). Pero apareció también un excepcional óstrakon de varias líneas (TDB 91008, de próxima publicación) y un epígrafe, recientemente publicado, en escritura local (véase nota siguiente).

hallarnos ante una muestra de inscripción fenicia de propiedad sobre una pequeña herramienta de producción artesanal. No obstante, y a diferencia de otras inscripciones del conjunto, su sentido (y por lo tanto su función) no es tan evidente. Tampoco debe olvidarse la presencia de una inscripción en signario local entre los hallazgos del área⁹.

Descripción del soporte

La pieza, hallada en la campaña de 1987, fue inventariada con el número arqueológico TDB 87/Corte 1.1/XI/5. Se trata del fragmento de un objeto, en piedra dura, fácilmente identificable: correspondió a una de las dos partes que formaron un pequeño molde o matriz de fundición para orfebrería. En tanto que específico instrumento de orfebre, la pieza será estudiada de forma profunda e independiente por un especialista en la materia. En el trabajo resultante se presentarán con mayor detalle los diferentes datos e interpretaciones relativos al soporte y a su material de fabricación, al estudio tipológico de la pieza y de los objetos que debió de producir, a su eventual datación y a otros particulares ligados a su función artesanal. Aquí nos limitaremos por tanto a una breve descripción general de la pieza que permita situar el epígrafe en ella y comprender su papel (véase fig. 3).

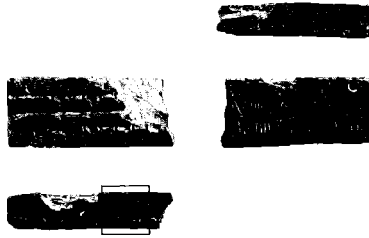


Fig. 3: Caras principales (interna y externa) y bordes largos de la pieza (en leve sesgo) señalándose la localización de la inscripción

Aunque incompleto, el fragmento hallado permite en efecto reconocer su pertenencia a una de las dos mitades que constituyeron en origen una pequeña matriz o molde. Se conservan en él dos perforaciones que debieron de hecho servir para la fijación de ambas mitades a la hora de recibir el metal en su interior. Perforaciones similares debieron hallarse también en la parte perdida de esta mitad conservada. Su forma completa debió de ser la de un paralelepípedo bastante más largo que ancho y a su vez más ancho que alto, tomando pues el aspecto de una placa o pastilla rectangular, alargada y algo gruesa, con dos caras principales de mayor superficie y cuatro lados menores (dos cortos y dos largos)¹⁰.

9 TDB 91004, véase el ya citado Correa – Zamora 2008.

10 De las dos caras principales, llamaremos interna a la destinada al contacto con la otra mitad de la matriz; a la opuesta a la anterior la llamaremos en consecuencia externa. De los cuatro lados

Las caras principales presentan pues las perforaciones de unión. La cara interna presenta además la media forma negativa, rebajada, de los objetos que debían ser fundidos en metal (dos varillas o “agujas” de un determinado perfil reconocible en joyas de la época) separadas por el canal de vertido del propio metal. La cara externa presenta curiosamente inciso (ni mucho menos con la profundidad de la cara interna, pero sí con trazos claros, de grosor y profundidad mayor que el resto de incisiones de la pieza) un motivo de palmeta también típico de la orfebrería conocida. En cuanto a los lados menores, sólo uno de los cortos corresponde al límite original del objeto, siendo el opuesto el irregular resultado de su rotura; consiguientemente, los lados largos se cierran también por uno de sus extremos de forma irregular (véase de nuevo **fig. 3**).

El estado actual del fragmento, roto pues por uno de sus extremos y algo dañado en casi todas sus aristas, permite no obstante saber que la anchura y altura de la media pieza original fueron de aproximadamente 37 x 17 mm, mientras que su longitud, hoy de unos 87 mm en su extensión máxima, debió sobrepasar al menos los 10 cm¹¹. Sin considerar las medidas de posibles matrices paralelas a ésta, o la posible longitud de los objetos que debió producir, es difícil valorar mejor las dimensiones originales del molde. Partiendo de lo conservado no puede obviamente descartarse que se tratara de un objeto algo o mucho más alargado¹².

Todo el objeto presenta arañazos e incisiones aparentemente intencionados (como una larga línea, que finaliza en forma curva, que recorre junto a otras más breves uno de los lados largos, el inferior; o algunas líneas rectas que acompañan a la palmeta de la cara exterior, en situación y orientación difícilmente casuales). Algunas de ellas, en cualquier caso, como sin duda otras menores, debieron de producirse en lo que pudo ser un largo periodo de uso del objeto. El estudio en profundidad de la función artesanal de la pieza, además de aclarar estos particulares, podrá establecer mejor los márgenes cronológicos a los que pudo corresponder este uso (a los que intentaremos aquí simplemente añadir en su momento las consideraciones extrañables de su estudio paleográfico).

Características generales de la inscripción: posición, descripción, técnica

Cuando la inscripción fue identificada recibió el número epigráfico TDB 87029 (que refleja la gran cantidad de posibles epígrafes que se fueron individuando entre los

menores, llamaremos a los dos cortos, respectivamente, izquierdo y derecho, según su posición al orientar convencionalmente el soporte con la cara interna hacia arriba y el lado íntegro a la izquierda; con la misma orientación, designaremos a cada uno de los lados largos como superior e inferior.

- 11 Añadiendo tan sólo el espacio que pudo ser utilizado para las perforaciones de fijación perdidas (y contando con que éste fuera similar al que les es reservado en la parte conservada a los agujeros pasantes).
- 12 Mayores precisiones resultan especulativas. Por ejemplo: si suponemos que la palmeta incisa en la cara externa se hallaba medianamente centrada en ella, podría suponerse la pérdida de al menos un tercio de la pieza original (véase más adelante); pero se trata de una hipótesis imposible de comprobar dentro de los límites de esta mera consideración aislada de la pieza.

materiales de la campaña de 1987). Fue realizada en la que hemos denominado cara inferior del soporte (esto es, en uno de sus lados largos no principales, véase de nuevo **fig. 3**). Orientado el fragmento conservado de la manera convencional elegida (con el único lado corto original de la pieza situado a la izquierda y su cara interior hacia arriba) la inscripción queda en la parte derecha de esta cara inferior (**figs. 4-5**). Más o menos en la misma posición se hallaba, en la cara que hemos llamado externa, el dibujo de la palmeta, que quedaba así contiguo a la inscripción pero claramente independiente (sobre otra cara y con otro tipo de trazado)¹³.



Fig. 4: Fotografía, fuertemente sesgada, del lado inscrito

La inscripción consta de dos signos, incisos con trazos ligeros (nada que ver, por ejemplo, con las mucho más gruesas y profundas incisiones que dibujan la palmeta), finos y claros (vid. **figs. 4-6**). Su trazado, relación y proporciones indican, incluso antes de ser identificados, su condición de grafemas. Los signos forman, por su posición relativa, una línea o eje de escritura ascendente respecto a los bordes paralelos de la pieza. A lo largo de este eje, el orden de trazado de los signos debió de ser de derecha a izquierda (el sentido usual de la escritura fenicia y el más acorde al modo en que los grafemas parecen haber sido dibujados en sucesión). Como resultado de esta inclinación ascendente, el primero de los signos (empezando siempre por la derecha) se halla más o menos centrado en altura respecto al espacio disponible, pero el segundo casi toca el borde superior de la pieza con la parte alta de sus trazos verticales. A pesar de ello, dado el espacio conservado antes y después de ambos signos, la secuencia conservada debe aceptarse como completa: de existir otros grafemas en las partes perdidas del objeto (incluso en la mitad desaparecida que completaba la matriz) constituirían sin duda otra inscripción (quizá relacionada con la que estudiamos, pero no parte de ella).

La dureza del material pétreo no parece haber condicionado en exceso el trazado ortodoxo de los grafemas (ni siquiera en sus trazos más curvos): la casi total ausencia de retoques o repasos hace pensar que fueron realizados con gestos casi únicos (al menos en sus líneas principales), decididos y precisos. La superficie de la piedra, lisa y pulida, debió de permitir este trazado suelto, en cualquier caso no sencillo. Los signos debieron de ser realizados con un instrumento apropiado (¿un punzón metálico?) por una mano experta y desenvuelta, tanto en el manejo del instrumento como de la escritura. Esta desenvoltura se manifiesta en un *ductus* de tendencia cursiva, de trazos inclinados y

¹³ Esta coincidencia podría apoyar la idea de que ambas, palmeta e inscripción, ocuparon en realidad una posición más centrada, a lo mejor incluso central, en sus respectivas caras de la pieza completa (en las que hacían buen uso del espacio liso disponible) sin ser en cualquier caso algo seguro.

curvilíneos, de presiones desiguales y uniones abiertas (sin que quepa atribuir estas aperturas, o la falta de otros eventuales detalles en los signos, al descuido o a las dificultades de incisión). Son rasgos comunes al habitual modo de trazar los grafemas en el mundo fenicio, modo que como es obvio se aprecia epigráficamente mejor en documentos fruto de (o cercanos a) la práctica cotidiana, pero que no está ausente de la epigrafía monumental (que tiende a reflejar las formas habituales de su época y zona).

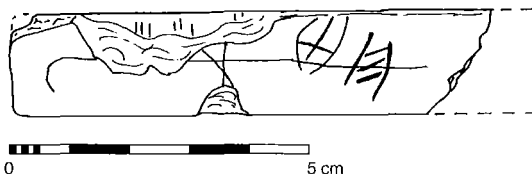


Fig. 5: Dibujo arqueológico del lateral inscrito
(croquis original, Carmen Pérez; entintado, A. M^o Niveau de Villedary)

La mano que incidió los grafemas era pues la de un individuo ducho en el arte de escribir y en el de manejarse con instrumentos propios de labores manuales de precisión. Tratándose de un instrumento de orfebre, es pues muy probable que el autor del texto fuera el mismo propietario del objeto. En tal caso, se habría tratado de un artesano letrado.

Lectura y paleografía de la inscripción

La inscripción, dispuesta siempre la pieza con su lateral íntegro a la izquierda, queda más o menos orientada para su lectura. Como decíamos, es posible establecer esta orientación gracias a la inclinación, trazado y forma de los signos, pues corresponden a grafemas no enteramente simétricos. Ambos son fácil e inequívocamente identificables como dos letras fenicias, que leídas de derecha izquierda corresponden a la secuencia *ht*.

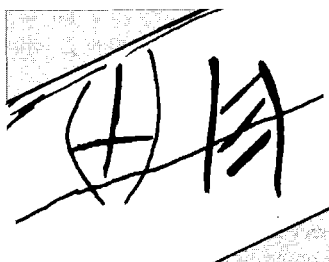


Fig. 6: Detalle de la inscripción en su orientación aproximada de lectura
(figura sobre el croquis original de Carmen Pérez entintado por A. M^o Niveau de Villedary)

Siempre dentro de la cautela necesaria en todo estudio paleográfico¹⁴ y teniendo en cuenta el interés que algunas consideraciones al respecto (sobre todo cronológicas) tienen en contexto hispano, a la justificación de tal lectura pueden añadirse también algunos comentarios más detallados.

- *Primer grafema: h*

El primer grafema es en efecto una *h* fenicia, con sus característicos dos trazos verticales unidos por tres trazos intermedios; estos rasgos definieron la letra desde sus orígenes hasta prácticamente las fases finales de su uso en las inscripciones monumentales y aún se advierten en algunas de las versiones cursivas a tinta más antiguas que conservamos¹⁵. Aunque se trata de un signo de geometría sencilla que, además, dio origen en las escrituras paleohispánicas a diferentes grafemas de estructura idéntica o similar (coincidiendo por añadidura, por su geometría simple y acumulativa, con algunos signos no grafemáticos usados como marca en contexto peninsular) en este caso no parece haber confusión alguna sobre su naturaleza y adscripción gráfica. Tal y como antes se decía, significativos resultan para ello el detalle de la morfología de la letra y cuanto ésta revela sobre el modo en que el signo fue dibujado. La inclinación general (aquí poco acusada) de arriba-izquierda a abajo-derecha del grafema, los consiguientes alargamiento y curvatura inferior de su asta derecha, la mayor longitud hacia arriba y menor hacia abajo del asta izquierda (en este caso no enteramente paralela a la opuesta), la fuerte inclinación de los trazos intermedios, o, en fin, la levedad y separación del conjunto de los trazos, apuntan claramente a que se trataba de un grafema fenicio, dibujado con gestos y resultados ortodoxos¹⁶.

La letra *h* no es por desgracia un grafema que arroje excesivas informaciones desde el punto de vista cronológico, al menos durante la mayor parte de su uso. Aunque se atestiguan variantes que permiten buscar paralelos a la forma atestiguada en nuestra pieza, la distribución espacial y temporal de estos paralelos resulta muy extensa. Además, las diferencias entre las inscripciones monumentales, los grafitos o los testimonios pintados complican la elección de paralelos, tanto más al compararlos con la inscripción de nuestra matriz, que no pertenece a ninguna de las clases de ejemplos más numerosos y se muestra, a la vez, cercana y lejana a los testimonios más comunes¹⁷.

14 Véanse p. ej. nuestros comentarios en Zamora 2010a y, sobre todo, en Zamora 2010b.

15 Si bien lo habitual en los testimonios pintados –y en algunos incisos que reflejan sus formas– es ya la unión de sus trazos intermedios en uno continuo, quebrado o curvo, convertido con el tiempo en una línea vertical más (como se manifestará también en la epigrafía tardía y, sobre todo, en las inscripciones neopúnicas). Véase p. ej. Friedrich – Röllig – Amadasi 1999, Taf. V.

16 Si se prefiere, lo anterior puede enunciarse de otro modo: se trata de un signo en todo igual a un grafema fenicio, tanto en su apariencia como en su modo de trazado (reflejo a su vez de gestos fruto de un aprendizaje “a la fenicia”).

17 Pues no deja de ser un texto inciso con una herramienta apropiada sobre un soporte pétreo, pero no es un epígrafe lapídeo monumental; del mismo modo, se trata de una breve inscripción a modo de marca sobre un instrumento, pero no muestra las dificultades de grabado de la mayoría de éstas ni el

Por ejemplo, la leve rotación de todo el signo (manifestada en la inclinación de sus tres trazos transversales) que se aprecia en la *h* del molde de Doña Blanca es un rasgo que sólo permite descartar las formas más arcaicas de la letra¹⁸. En el otro extremo, el escaso alargamiento de los trazos verticales de nuestro grafema permite distinguirlo de la escritura púnica más característica, pero ejemplares de astas cortas se dan también en época avanzada, tanto en Oriente como en Occidente¹⁹. La asimetría dada por la diversa posición en altura de los palos verticales (junto con la inclinación y posición de los trazos intermedios, que tienden a marcar la parte descendente de uno y la ascendente del otro) se aprecia en realidad ya en documentos orientales de incluso finales del s. IX a. n. e.²⁰ y se atestigua en Occidente en inscripciones que podrían datar originariamente del s. VIII a. C.²¹ Letras muy similares a la estudiada se usan (junto a otras algo diferentes) durante los tres siglos posteriores en inscripciones monumentales del Levante²² (por ejemplo, en las sidonias de los s. VI-V a. n. e.²³); en Biblos hay signos muy cercanos en inscripciones del s. V y sobre todo IV (siglo en el que testimonios de otros lugares presentan también grafemas con una distribución de trazos muy parecida a los de la letra estudiada) mientras que en la zona tiro-sidonia formas no muy diferentes se atestiguan también –con gran continuidad, pero en convivencia con variantes mucho más evolucionadas– incluso en periodos muy posteriores, hasta al menos el s. II a. n. e.²⁴

descuido de muchas de ellas; y aunque presenta rasgos cursivos, no se trata tampoco de un texto pintado.

- 18 Véase p. ej. Friedrich – Röllig – Amadasi 1999, Taf. I, 1-9; Peckham 1968, p. 105 (pl. VII, nos. 1 y 3; compárese n° 4 y p. 107, pl. VIII).
- 19 Véase p. ej. Friedrich – Röllig – Amadasi 1999, Taf. III-IV; Peckham 1968, pp. 179-187 (pl. XII-XVI).
- 20 Véase p. ej. Friedrich – Röllig – Amadasi 1999, Taf. I, 10 (la inscripción de Kulamuwa; véase también n° 11, Hassan Beyli, de finales del VIII a. n. e.); Peckham 1968, p. 107 (pl. VIII).
- 21 Véase p. ej. Friedrich – Röllig – Amadasi 1999, Taf. III, 2 (la inscripción sobre la estatuilla de Astarté hallada en El Carambolo). Nótese que, en Doña Blanca, una inscripción datada estratigráficamente en los años centrales del s. VIII a. n. e. (TDB 95001) presenta una *h* no muy diferente a las citadas. En cambio, otra que con los mismos criterios de datación correspondería a la segunda mitad del s. VII a. n. e. (TDB 87003) presenta un signo central más cercano al que estudiamos, e incluso más evolucionado o más cursivo. Véase Zamora 2005a, pp. 175-176; 178-179, 184, esp. figs. 7 y 13.
- 22 Véase p. ej. Friedrich – Röllig – Amadasi 1999, Taf. II.
- 23 Como las correspondientes a la dinastía de Eshmunazor; véase p. ej. Friedrich – Röllig – Amadasi 1999, Taf. II, 6; Peckham 1968, p. 67 (pl. V, nos. 1-5). Nótese que este último autor proponía entonces una cronología para las inscripciones más antiguas del grupo –Tabnit, Eshmunazor– de mediados del s. V a. n. e., probablemente demasiado baja. Sobre los problemas cronológicos de este grupo documental, véase una síntesis en Zamora 2008 (con una propuesta de datación de la entera dinastía a comienzos de la dominación persa o, en cualquier caso, en un rango cronológico no más tardío de los finales del s. VI o los inicios del V a. n. e.).
- 24 Véase p. ej. Friedrich – Röllig – Amadasi 1999, Taf. II, 3-4 (las inscripciones bibliotas de Yehawmilk, del s. V, y de Batnoam, de mediados del s. IV a. n. e.); Taf. III, 12 (el Harpócrates del British Museum, probablemente del IV a. n. e.); Peckham 1968, p. 69 (pl. VI, ejemplos de Sidón y Tiro entre el s. V y el I a. n. e.).

Así las cosas, los rasgos paleográficos del primero de los grafemas de la inscripción no resultan apenas significativos a efectos cronológicos. Aunque la apariencia general del signo podría hacer pensar en una cronología más reciente que antigua, sus características particulares no son determinantes en este sentido, mientras que sus rasgos cursivos podrían justificar la impresión anterior. No hay, en resumen, argumentos para oponerse a una datación arqueológica en la primera mitad del s. VII a. n. e.

- *Segundo grafema: t*

El segundo grafema presente en la pieza es, también claramente, la letra fenicia que transcribimos como *t* (sin que una hipotética coincidencia exacta de forma y modo de trazado con un signo local resulte convincente). El grafema fenicio se caracterizaba en origen por un perímetro circular (progresivamente más ovalado e inclinado) en cuyo interior se inscribía un aspa. En el alfabeto lineal más arcaico la letra *t* era pues, por un lado, un grafema simple y esquemático (un aspa rodeada por un círculo, o un círculo con una cruz inscrita) que en sus versiones más elementales no es fácil distinguir de una simple marca no grafemática cuando aparece aislado²⁵; pero, por otro lado, se trataba de un signo de dibujo gestualmente algo complejo, lo que pronto originó variantes (trazadas con movimientos que, de nuevo, se aprecian con especial claridad en los testimonios pintados y en los ejemplos más tardíos²⁶) que con el tiempo quedaron muy alejadas de su simétrica simplicidad primitiva. Las variantes son pues potencialmente diferenciables por periodos y lugares, lo que da al grafema un cierto valor como elemento de datación. Sin embargo, se trata de una posibilidad entorpecida por la frecuente ausencia de la letra en las inscripciones, sobre todo en las más breves (al corresponder a una consonante utilizada en la lengua fenicia con una frecuencia en general menor que la media). También resulta en ocasiones un inconveniente su propio carácter de letra curva de dibujo complejo, pues sufre en su forma de manera intensa los condicionamientos de algunos soportes, especialmente en grafitos e inscripciones menores, enrareciendo las posibles interrelaciones. No obstante, como veremos, la *t* de nuestra pieza permite algunas consideraciones más firmes que las proporcionadas por su acompañante *h*.

En la matriz que nos ocupa, el signo *t* queda definido, con la misma agilidad y precisión que la precedente *h*, mediante dos amplios trazos curvos. Aunque no se tocan en su parte superior y casi no lo hacen en la inferior (algo que debe de nuevo ser interpretado como un rasgo cursivo²⁷) dibujan con claridad el perímetro del grafema,

25 Incluso en los casos en los que se pretende la identificación del grafema, su significado no es claro, véase Hofstijzer – Jongeling 1995, p. 415, con referencias (véase p. ej. Delavault – Lemaire 1975, que interpretaban abreviaturas del califativo semítico noroccidental “bueno”, *tb*, que habría sido aplicado al contenido de los recipientes así marcados –en contra de la propuesta de Colella de entender una abreviatura de “cerrado, sellado”, *tp*); pero confróntese Teixidor 1976, pp. 323-324).

26 Véase p. ej. Friedrich – Röllig – Amadasi 1999, Taf. V; Peckham 1968, pp. 111, 113; 189 (pl. X-XI, XVII).

27 Esta apertura inferior, menos acusada en la pieza de cuanto parece en el dibujo arqueológico, no es normal entre los testimonios monumentales conservados (señal de que se trata de un subproducto del

convertido en una especie de elipse cuyo eje mayor se ladea de manera parecida a como lo hacía el grafema anterior, pero con inclinación contraria (de arriba-derecha a abajo-izquierda, como es típico en esta letra fenicia desde casi sus orígenes). De hecho este eje, como también su perpendicular eje menor, viene a coincidir con las líneas del aspa inscrita. Trazadas con igual soltura, destacan por su amplitud: el trazo vertical, aunque no se apoya en la elipse externa del signo, arranca de un punto bastante alto de la letra y se extiende, sin llegar a su parte inferior, de manera notable a lo largo de ella; el trazo horizontal cruza a su vez totalmente el grafema, tocando o casi tocando los lados curvos que definen su perímetro.

La forma elíptica del exterior del signo y su inclinación se atestigua en Oriente desde al menos el s. VIII a. n. e.; su apertura por la parte superior (desde donde comenzaba a trazarse) se aprecia poco después, al menos desde mediados del VII a. n. e.²⁸ El trazado doblemente abierto de la *ʔ* de Doña Blanca, considerando el tipo de inscripción ante el que nos hallamos, no resultaría pues extraño en la primera mitad de este siglo VII, como sugiere el contexto arqueológico. No es descartable, además, que la inscripción nos proporcione una versión de trazado ligero, de rasgos cursivos, de una forma de la letra incluso algo más antigua²⁹. Desde este mismo siglo se atestigua ya el desarrollo progresivo de ápices; también, el de trazados continuos con las líneas internas del signo que acabarán dando lugar, por un lado, a signos de tendencia espiral; por otro, a aspas internas simplificadas, elididas o sustituidas por trazados cortos, curvos y veloces (rasgo típico de la epigrafía del periodo púnico)³⁰. Nada de todo esto se da en el signo de nuestra matriz: la apertura superior, debida al trazado en dos del perímetro externo, como veíamos, no incorpora ápice alguno ni sugiere que el eje vertical de la cruz interna debiera haberse trazado de forma continua con él; la longitud del trazo vertical y, sobre todo, horizontal, no muestran simplificaciones excesivas. Letras con un perímetro parecido, sin ápices, y con el eje horizontal del aspa interna completo, se atestiguan en Oriente todavía en el s. VI-V a. n. e., e incluso siglos más tarde³¹, pero presentan un eje vertical más corto; grafemas con un aspa interna similar, con el eje vertical largo, se

modo de trazado); algunos de ellos muestran sin embargo un fondo anguloso e incluso apuntado que prueba cómo esta línea perimetral era también dibujada de modo discontinuo donde el soporte lo aconsejaba, independientemente del periodo; véase por ejemplo Friedrich – Röllig – Amadasi 1999, Taf. I, 13; V, 8; Peckham 1968, pp. 9 (pl. II, n° 8), 111 (pl. X, n° 6).

- 28 Véase p. ej. Friedrich – Röllig – Amadasi 1999, Taf. I, 14; Peckham 1968, p. 105 (pl. VII, n° 9); se trata de la cajita de marfil hallada en Ur, que en realidad ya muestra el trazado continuo del perímetro y del palo vertical del aspa interna.
- 29 Del tipo presente, por ejemplo, en las inscripciones de Karatepe. Véase p. ej. Friedrich – Röllig – Amadasi 1999, Taf. I, 12, con *ʔ* de orientación y proporciones generales muy similares al grafema de Doña Blanca. Además, los textos de Karatepe permiten una datación interna (aproximada, pero no dependiente de consideraciones paleográficas o de sincronías arqueológicas, sino de la rejilla cronológica derivada de las fuentes asirias) en torno a los últimos años del s. VIII a. n. e. (o, como mucho, los inicios del s. VII).
- 30 Véase p. ej. Friedrich – Röllig – Amadasi 1999, Taf. II-IV; Peckham 1968, pp. 7-11 (pl. I-III); 178-187 (pl. XII-XVI).
- 31 Véase p. ej. Peckham 1968, pp. 67 (pl. V, n° 2, inscripción de Eshmunazar), 69 (pl. VI, n° 2, inscripción del Pireo a Nergal, s. III a. n. e.).

atestiguan en el Mediterráneo oriental todavía en los s. IV-III³², pero reflejan con claridad el trazado continuo del eje vertical con la curva exterior.

En suma, los rasgos del signo son compatibles, a la luz de los paralelos, con una datación en la primera mitad del s. VII a. n. e. Las proporciones generales del signo y sus trazos (tanto más si consideramos la soltura que caracteriza la inscripción) parecen de hecho corresponder propiamente a tal época o a periodos cercanos. Por el contrario, se hace progresivamente más difícil encontrar formas relacionables y argumentos sólidos para datar el grafema en periodos posteriores, del mismo modo que sólo podría proponerse para el signo una antigüedad ligeramente mayor.

De este modo, en la combinación de las características paleográficas de los dos signos de la inscripción, es el segundo de ellos el más determinante, permitiendo aceptar sin grandes problemas la datación derivada de los materiales arqueológicos de su contexto (que apuntan a la primera mitad del s. VII a. n. e.).

Interpretación y comentario

De nuevo por el interés que en contexto local revisten documentos como el que estudiamos (y en particular la particular lectura de éste, que como veremos no es única en tal contexto) trataremos también con un cierto detalle sus problemas de interpretación, atendiendo a los problemas típicos de la epigrafía peninsular de esta época.

- ¿Un término fenicio? ¿grafemas fenicios con otro valor?

En una primera aproximación, podemos suponer no sólo que la inscripción se presente completa (algo más que probable, como antes veíamos) sino también que sus dos grafemas constituyan directamente un vocablo fenicio. Esto es, debemos buscar explicación directa a una palabra *hʿ*, tal cual aparecería en la pieza de Doña Blanca. Por desgracia, la voz no está atestiguada en el resto de inscripciones fenicias y púnicas conocidas. Sólo se ha querido leer *hʿ* en una inscripción chipriota (el célebre cuenco de Kition dedicado a Astarté) pero tal lectura ni parece acertada ni aclararía en su caso el sentido del término sobre la pieza de Doña Blanca³³. Esta falta de atestiguación no es extraña en fenicio, habida cuenta de lo reducido del cuerpo léxico que nos permiten conocer las inscripciones. Como en otros casos, podrían proponerse formas verbales o

32 Véase p. ej. Friedrich – Röllig – Amadasi 1999, Taf. II, 13 (testimonios del Ática); Peckham 1968, p. 69 (pl. VI, n° 3, igualmente, inscripción del Pireo de la asamblea de los sidonios, de finales del s. IV a. n. e. –aunque Peckham indica 96 a. n. e.); véase también p. 109 (pl. IX, n° 8, la *ʿ* de la “première aradienne”, inscripción que Peckham data en el III-II a. n. e.).

33 La inscripción se presenta muy fragmentaria y, en realidad, la palabra no se lee; véase Guzzo Amadasi – Karageorghis 1977, pp. 150-160; Yon (– Amadasi) 2004, 188, pp. 212-213. Como se trata de un texto votivo que se ha interpretado (no sin críticas) como el recuerdo de la dedicación a la diosa de los cabellos de una mujer, el término que nos ocupa quiso verse en la inscripción como la mención a un lazo para el pelo o adorno similar (véase en notas siguientes el trasfondo etimológico). La propuesta (de Puech) apenas tuvo éxito, véase Hoftijzer – Jongeling 1995, p. 362, con referencias.

substantivas comunes con apoyo en testimonios semíticos noroccidentales no fenicios³⁴. Por ejemplo, podría suponerse que nos hallamos ante una forma fenicia de la raíz atestiguada en el hebreo *ḥwṭ*, “hilo, cordón”, de algún modo relacionada con la necesidad de atar las dos mitades de la pieza³⁵. Sin embargo, enmarcadas en el contexto que nos ocupa, este tipo de interpretaciones exigirían una especulación excesiva y resultarían poco convincentes: a las dificultades filológicas de algunas y a lo débil de las bases de otras se uniría, además, lo extraño de la función que ejercería un tal epígrafe sobre la pieza (y las escasas posibilidades de poder demostrar lo acertado de una interpretación de este tipo).

De manera parecida, no parece tener sentido proponer que los signos hayan sido inscritos sobre la matriz de manera desligada del propio objeto. Un uso casual o un ejercicio de escritura (postulable sobre el débil argumento de que se trata de dos signos consecutivos en la secuencia canónica del alfabeto lineal semítico noroccidental en el 1^{er} milenio) no se entienden sobre una pieza tan particular (tanto menos ejecutados con tanta pericia, mediante el uso además de un instrumento no muy común). Por su posición, complejidad y condición dúplice, tampoco parece sencillo interpretar los signos como una suerte de ayuda al correcto encaje de las dos mitades de la matriz (usos éstos, los de guía a un montaje, supuestos o seguros en otros epígrafes fenicio-púnicos –desde pequeñas piezas de marfil al maderamen de naves– pero que no se presentan en tales casos de modo idéntico).

- ¿Una abreviatura fenicia? ¿un atropónimo abreviado?

Debemos pues considerar la posible función del epígrafe sobre la pieza a la luz de las prácticas más habituales atestiguadas por la inscripciones fenicias. Un texto de tan sólo dos grafemas sugiere en ellas una abreviatura. Las abreviaturas de nombres comunes son en fenicio raras, dudosas y en ningún caso parecidas a la aquí estudiada³⁶. Tampoco se usan en principio grafemas del alfabeto en fenicio para indicar cifras, al tiempo que la existencia de signos numerales propiamente dichos hace inverosímil la hipótesis (de todos modos oscura) del sustantivo numeral abreviado. Por tal camino podría en todo

34 Hay testimonios de raíces potencialmente apropiadas incluso en la epigrafía, véase p. ej. Hofstijzer – Jongeling 1995, pp. 353, 362-363, 369.

35 Véase p. ej. Koehler – Baumgartner 1985, p. 280. Siguiendo simplemente con los paralelos bíblicos, de forma todavía más hipotética podría también proponerse una forma de la poco atestiguada raíz *ḥṭṭ* (*ibid.*, p. 291) que aludiera a lo suave o pulido del molde. La ausencia de ʔ final hace en cambio algo más difícil proponer una forma de la raíz *ḥṭʔ* (vid. p. ej. *ibid.*, pp. 288-289) que pudiera de algún modo aludir a eventuales defectos de la matriz.

36 Y, además de improbables, resultarían improbables. A cambio, las posibilidades serían tan numerosas que no resultaría difícil acercar una hipotética resolución de la abreviatura al campo semántico que sugiere la pieza: p. ej., ambas letras podrían abreviar el término *ḥnwṭ*, que se ha propuesto entender como “imagen fundida” (véase p. ej. Fuentes 1980, pp. 120-121); pero tal sentido es dudoso y correspondería en todo caso a un préstamo griego (véase Hofstijzer – Jongeling 1995, p. 388); además ¿para qué indicarlo así sobre la pieza? Si buscásemos una expresión en dos términos, la primera letra podría abreviar *ḥrʔ*, “oro”; la segunda *ṭb*, “bueno”; pero de nuevo es solución poco convincente (¿se pretendía reservar el molde a tal tipo de metal?) y un tanto banal. El mismo grado de incertidumbre y fantasía acompañaría a cualquier otra propuesta.

caso considerarse la opción ponderal (remitiendo quizá al metal necesario para el llenado de la matriz) pero esgrimiendo de nuevo usos abreviados que enmascararían términos, cifras, unidades o expresiones de nuevo dudosos y en cualquier caso sin paralelos³⁷. De permanecer en la tierra firme de lo bien atestiguado, es en cambio obligado recordar que sobre un instrumento doméstico o artesanal las abreviaturas suelen corresponder, en la epigrafía fenicia, a un nombre personal. Este proceder es común sobre todo en épocas avanzadas, cuando las abreviaturas de antropónimos (reducidos a algunas de sus letras, con frecuencia a dos de ellas) son tan comunes que aparecen incluso en estelas. Es especialmente conocido su empleo en época tardía en ciertas actividades productivas, como el estampillado de ánforas mediante sellos³⁸. Pero no extraña tampoco en épocas más antiguas.

En el caso del epígrafe que nos ocupa, brevedad y tipo de soporte sugieren en efecto la abreviatura de un nombre personal. Pero, incluso dejando al lado su antigüedad y la falta de seguros paralelos en su inmediato contexto³⁹, no se trata de la abreviatura evidente de un antropónimo fenicio típico. Las abreviaturas bilíteras de nombres personales fenicios suelen corresponder a la primera consonante del nombre propio y a una de las que le suceden (con frecuencia, la primera del segundo elemento del antropónimo o la última de la secuencia, aunque también aparecen usadas la inmediata sucesora de la inicial u otras intermedias). No faltan testimonios de nombres personales fenicios que inicien por *h*⁴⁰, pero son extraordinariamente raros los antropónimos que incorporan una *ʔ* como inicial de uno de sus elementos e incluso son pocos los que simplemente la presentan⁴¹. Además, no es fácil relacionar ningún posible despliegue

-
- 37 No son un problema los sustantivos numerales: por *h* comenzarían, por ejemplo, los ordinales y cardinales de la serie del cinco / cincuenta, y pueden también proponerse fracciones; con más dificultad, puede suponerse bajo la *ʔ* una unidad de medida (véase p. ej. el oscuro *ʔbʕ*, Hoftijzer – Jongeling 1995, p. 420) o suponerla implícita. Pero la expresión no responde a usos conocidos, quedan múltiples cabos sueltos y, al cabo, se desemboca en una solución tan oscura como su problema.
- 38 Al respecto de estos usos, véase Zamora 2005b, con abundantes referencias; entre ellas, sobre las abreviaturas de nombres personales en fenicio y púnico, véase especialmente Chabot 1943-45; véase también Benz 1972, pp. 235-237 (y p. 253, n. 77 para más referencias).
- 39 En Doña Blanca, los documentos que con más claridad corresponden a inscripciones fenicias son nombres personales incisos sobre instrumentos domésticos, véase de nuevo Zamora 2005a. Sin embargo, aunque muchos de los antropónimos se presentan incompletos, no parece que ninguno de ellos se presente abreviado. La abundancia de signos aislados –muchos de ellos de dudosa condición grafemática– deja de todos modos la cuestión abierta (puesto que incluso las marcas unilíteras pueden ser en último término interpretadas como abreviaturas).
- 40 Véase Benz 1972, pp. 109-126; también 306ss. Estos antropónimos comienzan por elementos verbales típicos de la antroponimia, como *hls* o *hn*, o por formas de sustantivos o adjetivos no menos típicos de los nombres fenicio-púnicos, como *ʔh* o *ʔht*, que son en este contexto muy comunes sin su aleph inicial, véase Benz 1972, pp. 231-232, 263-265.
- 41 Son escasos y atestiguados a través de pocos testimonios los antropónimos con consonante *ʔ* intermedia recogidos como fenicios por Benz 1972, pp. 55, 61, 129, 138, 141, 147, 170, 175, 176, 180 (13 antropónimos: *ʔb/gpt*, *ʔʔnʔ*, *ʔʔrby*, *yqt*, *mʔʔ*, *mmʔ*, *ʔʔrds*, *ʔʔhd*, *ʔʔʔr*, *ʔʔʔʔ*, *ʔʔʔʔʔʔ*, *ʔʔʔʔʔʔ* y *ʔʔʔn*, además, como veremos, de *ʔʔʔʔʔʔ*). Los antropónimos que inician por *ʔ* son apenas 4 más: *ʔbny*, *ʔbt*,

de la abreviatura con la estructura típica de los nombres fenicios más habituales (que aúnan por lo común un elemento verbal o nominal con un teónimo)⁴².

Dentro pues de los esquemas normales de la antroponimia fenicia y de los elementos que la conformaban, no hay candidatos obvios. Sin embargo, existe un testimonio antropónimo fenicio que podría responder a la abreviatura *hʿt*. Se trata de un nombre propio atestiguado una única vez: *hʿrtmn*. El testimonio, sobre una estela votiva, es occidental y, aunque tardío y norteafricano⁴³ su etimología más probable implica una buena inserción en el semítico noroccidental –y por lo tanto potencialmente también en el fenicio más antiguo⁴⁴. En efecto, el nombre personal *hʿrtmn* parece corresponder al uso como antropónimo del nombre común de oficio “grabador”⁴⁵. Si bien se trata de un antropónimo poco común, permite al menos proponer un despliegue para la hipotética abreviatura dentro de una práctica epigráfica bien atestiguada en fenicio.

- ¿Un orfebre y grabador? ¿un fabricante de moldes?

Dando un paso más, resulta tentador relacionar este nombre personal con el oficio real de su portador, e identificar un verdadero grabador tras quien incidió con mano diestra, usando una herramienta apropiada que manejaba con soltura, la inscripción sobre nuestra matriz. De ser así, el artesano que poseía el molde –un instrumento propio de los trabajos más especializados de un orfebre– habría sido también un grabador, un profesional conocido sobre todo por sus habilidades incidiendo o labrando decoraciones sobre objetos duros (hasta el punto de ganarse su apelativo)⁴⁶. Estas labores formarían

ipn y *irʿst*; si añadimos los bereberes *ʿmn*, *ʿpmtt*, *knypʿn* y *npʿsn* o los egipcios *tt*, *pt*, *ptʿs* y *ptkns*, el número crece en apenas 8, véase Benz 1972, pp. 126, 189, 192-193.

- 42 Las divinidades habitualmente presentes en la antroponimia fenicia no incorporan una *t*, lo que hace pensar que la segunda consonante de nuestro epígrafe corresponde a su elemento no teofórico. El único candidato plausible es la raíz *ʿpt*, pero ésta acompaña exclusivamente a Baal (dando lugar a nombres como *bʿl(y)ʿpt* o *ʿptbʿl*, véase Benz 1972, pp. 94, 100, 184, 423-424; véase también Zamora 2005b, donde se edita un testimonio peninsular de la abreviatura *b<ʿlʿsp>ʿt*). Relacionar con Baal la *hʿ* inicial resulta más que forzado y, en cualquier caso, sin paralelos.
- 43 Se trata de la estela púnica *CIS I 3909*.
- 44 Además de en el testimonio que nos ocupa, la raíz que explicaría el antropónimo aparecería tan sólo en el texto de la célebre placa púnica *CIS I 3914 (KA I 81)*. En ella, una serie de bienes u objetos de santuarios son llamados *hʿrtʿt*. No obstante lo tardío de ambos testimonios, la interpretación a través de *hʿrt* “grabar, esculpir, incidir”, que parece la más probable (pues responde bien, no sólo a la reconstrucción etimológica, sino también a la semántica de un nombre personal con origen en nombre de oficio y a la de una ofrenda u objeto cultural esculpido o labrado) hace posible suponer un uso antiguo. Véanse Donner – Röllig 1962, pp. 98-99, n° 81; Benz 1972, p. 317; Hoftijzer – Jongeling 1995, p. 404 (con más referencias; véase por ejemplo Bonnet 1990, que recuerda cómo la raíz, además, está emparentada con otras del ámbito artesanal –que la autora estudia en relación a la labor de los lapicidas).
- 45 Benz 1972, pp. 125, 240, 317. Poco probable resulta la hipótesis de Krahmalkov, 2000, p. 196, que sin grandes explicaciones ve en el nombre el apelativo de un “Lector-priest”, “magician” (aún reconociendo la existencia de una raíz *hʿrt* con el sentido que antes veíamos bajo el término *hʿrtʿt*); véanse notas anterior y posterior a ésta.
- 46 La raíz sugiere la incisión, el grabado o cincelado en piedra, véase de nuevo Hoftijzer – Jongeling 1995, p. 404 (con referencias). Téngase además en cuenta que existen testimonios epigráficos de lo

pues parte de su trabajo habitual, junto con las de fundición de joyas. Quizá esta suerte de repujador y orífice quiso marcar su instrumental para distinguirlo del de otros, dentro de un ambiente artesanal del que, a pesar de su no excesiva especialización, formaban parte más personas (¿cercanas, agrupadas todas al modo gremial?) en colaboración o competencia.

De forma alternativa, podríamos no relacionar el epígrafe con el usuario/propietario del molde, orfebre fundidor y grabador, sino con una segunda persona (o, por mejor decir, una primera): cabría preguntarse si no fue el fabricante de la propia matriz (en este caso, un artesano al que el apelativo *hrtmn* podría corresponder plenamente) el autor de la propia inscripción (bien como signo de autoría –consideración discutible⁴⁷– bien como marca inicial de propiedad, producción o incluso comercio). En tal caso, un especialista en la manufactura y labrado de objetos en piedras duras, que se habría ganado el nombre o sobrenombre de “Grabador” (¿o lo recibió pronto en este supuesto escenario gremial a través de su familia?) habría fabricado la matriz que ha llegado hasta nosotros, marcándola con la abreviatura del apelativo con el que él mismo se identificaba. Quizá pretendía así distinguir su producción entre las de otros (¿al ponerla a la venta?) aunque su propio nombre, que no podía resultar ambiguo, no parece favorecer la existencia de abundantes “grabadores” en su entorno a los que llamar de tal modo. Quizá quiso señalar el molde todavía en contexto productivo (¿marcándolo como un producto acabado?). En cualquier caso, nuestras dudas ante la exacta función del epígrafe son similares a las que tenemos en la interpretación de otras inscripciones parecidas, sin que falten en cambio paralelos que prueben la existencia efectiva del uso.

Tanto en esta última hipótesis (la identificación de un fabricante de matrices) como en la anterior (el reconocimiento de un orfebre-grabador) no extrañaría además la condición letrada de nuestro hombre. No sólo podría resultar ejemplo de una extensión general del alfabeto por razones prácticas en el ámbito productivo o comercial, sino también muestra de un uso profesional particular, puesto que a este tipo de artesanos podía corresponder así mismo la producción de joyas y sellos inscritos⁴⁸ (aunque los mecanismos exactos de este tipo de labor, que debieron variar mucho según lugares y

que deben ser propiamente orfebres u “orífices” (literalmente “fundidores del oro”, *nsk hhr̄s*), como existen también denominaciones para los profesionales del trabajo con otros metales, véase Zamora 2010c.

47 Recuérdese al respecto el debate en torno a la inscripción sobre la patera de Pontecagnano, véase D’Agostino – Garbini 1977 y Amadasi Guzzo 1991, p. 415.

48 Los abundantes testimonios de sellos epigráficos producidos en la larga historia de los antiguos pueblos próximo-orientales depara ejemplares de gran calidad, que indican en muchos casos el probable conocimiento de la escritura (en grado diverso) por parte del artesano grabador (o la cercana supervisión sobre éste de un escriba, lo que implica a su vez la presencia en los talleres de expertos en letras). Sin embargo, también son comunes los ejemplares con errores (de los que se deduce que en algunos ámbitos actuaban de encargo grabadores no letrados), algo que se entiende fácilmente en el caso de los sellos en cuneiforme silábico (cuya escritura requería una formación altamente especializada) pero que se da incluso en la primera epigrafía alfabética (cuando la situación y extensión de la nueva escritura es aún similar al de las antiguas); véanse algunas consideraciones al respecto en Sanmartín 1995; véase también el citado Zamora 2005b.

épocas, nos son en gran parte desconocidos⁴⁹; además, faltan testimonios de tal labor en zonas y épocas cercanas a las de nuestro epígrafe, pues los ejemplos de glíptica epigráfica en fenicio de cronologías altas y procedencia gaditana no son productos locales⁵⁰).

En definitiva, la hipótesis del nombre personal fenicio abreviado es pues posible, además de sugestiva a la luz de sus implicaciones. Responde por añadidura a prácticas de escritura epigráfica bien conocidas en el mundo fenicio y en el propio contexto del hallazgo. Pero no es en modo alguno segura, dada la relativa rareza del testimonio antropónimo y la escasez de paralelos cercanos en los que buscar refrendo.

- ¿Un término no fenicio? ¿un antropónimo local?

Para encontrar otras propuestas sería necesario salir del estricto ámbito de la epigrafía semítica y buscar soluciones en el mundo epigráfico local. La existencia de un grafito tartésico en la misma zona del *tell* de Doña Blanca podría respaldar tal vía, pues prueba que algún tipo de conocimiento de otros sistemas gráficos debió darse en el asentamiento; resulta además casi inevitable pensar que existió también convivencia o contacto entre diversas comunidades lingüísticas (o simplemente un uso o conocimiento en el lugar de diferentes lenguas, independientemente de la forma en que se diera y sin entrar en los problemas de definición y método ligados a tales situaciones). Sin embargo, en este caso la pertenencia del epígrafe (y del tipo de aprendizaje en letras de su autor) a la tradición gráfica fenicia es indudable. Como mucho, deberíamos pues proponer un uso del alfabeto fenicio para la transcripción de una lengua local, o al menos un empleo de grafemas propiamente fenicios para poner por escrito un término indígena. Si mantenemos la idea antropónica, podríamos incluso pensar en un nombre de persona no semítico (sin entrar en la identidad o etnicidad de quien lo porta) inciso sobre un objeto con la misma función que tendría en la epigrafía fenicia y mediante el sistema gráfico de ésta (lo que probablemente implicaría que, en cualquier caso, la inscripción debería ser considerada fenicia –si es que resulta necesario definirla

49 En realidad, la escasez de testimonios no permite conocer los particulares del trabajo de un grabador fenicio en área o momento alguno. Podemos sólo partir de que la incisión de modelos de joyería en una matriz de fundición (la labor que podríamos proponerle al *hr̄tmn* de la Doña Blanca del siglo VII a. n. e.) fuera trabajo técnicamente cercano a la incisión de sellos, como también a la posterior ejecución de cuños de ceca (todos ellos cometidos que conllevan incisiones delicadas y en negativo sobre piedras duras). No parece en cambio que el cometido de estos artesanos se extendiera o confundiera con el de los lapicidas que cincelaban las inscripciones monumentales, quienes de hecho podrían haber sido designados en fenicio de modo específico (véase al respecto Bonnet 1990). Unos y otros debieron de tener, en cualquier caso, parecidas relaciones con el mundo escribal –el de los verdaderos profesionales de la escritura, véanse Bonnet 1991 y 2003– aunque la formación letrada de los lapicidas pudo ser en general menor, dado su cometido más físico y menos técnico.

50 El único testimonio verdaderamente antiguo es el famoso anillo hallado en Cádiz, en la zona de Puerta de Tierra (el que fuera el primer epígrafe fenicio hallado en la Península Ibérica del que se tuvo noticia segura, véase Delgado 1871, CXXXI). Pero se trata de un sello originario del Levante oriental, probablemente meridional, véase p. ej. Amadasi Guzzo 1994, p. 198. Un segundo anillo-sello gaditano es en realidad muy posterior, véase Solà-Solé 1960, p. 287, n. 6, fig. 10; un tercer anillo, que no es propiamente un sello (aunque sí una inscripción sobre joya), es aún más reciente, véase Solà-Solé 1961, pp. 251-256, fig. 1.

como tal y si el criterio gráfico y funcional resulta en esta época, como parece, ya determinante). Pero estas hipótesis partirían en todo caso de los mismos inconvenientes y dudas que plantean las propuestas por la vía fenicia, a los que unirían sus propias dificultades en el manejarse con los particulares lingüísticos locales y con su cuerpo epigráfico de referencia (que, a lo que sabemos, resulta aún problemático a la hora de establecer paralelos).

Sin embargo, hablando de paralelos epigráficos locales, es necesario traer por último brevemente a colación uno bien conocido para los especialistas en lenguas y escrituras paleohispánicas. De la cercana Huelva, del lugar conocido como “Cabezo de San Pedro”, se conoce un grafito sobre cerámica de producción local (pero de tradición fenicia) datado por los responsables de su estudio en los s. VII-VI a. n. e. Tenido inicialmente por “ibérico”, es aún considerado como palaeohispánico por notables estudiosos de la epigrafía local⁵¹. Sin embargo, una lectura en fenicio de tal grafito coincidiría exactamente con la del documento de Doña Blanca aquí estudiado: *hʔ*. Tal lectura fenicia es a nuestro parecer posible, lo que tiene obligadas repercusiones en la interpretación de uno y otro documento, pues en tal caso sería razonable pensar en la consignación en ambas inscripciones de un mismo término, que debería ser lo bastante común como para permitir lo que, de otro modo, sería una casualidad altamente improbable. Un antropónimo se prestaría a una repetida aparición y encajaría con el tipo de inscripción presumible en una y otra pieza. ¿Sería en tal caso la rara opción del nombre personal fenicio más o menos probable de cuanto parecía? ¿Ganaría o perdería peso una no atestiguada posibilidad antroponímica local? Al estudio detallado de estas cuestiones dedicaremos un estudio específico⁵².

51 Publicación arqueológica: Blázquez – Luzón – Gómez – Clauss 1970, pp. 11-14, esp. 12, lám. XV c. Para los autores, el grafito consistía en “letras ibéricas”. Un estudio epigráfico inicial apareció en Hoz 1969, pp. 114; 106, fig. 2, aunque debe considerarse como su edición propiamente dicha, en la que se interpreta como epígrafe local, Hoz 1976, pp. 270-272, 277 (nº 8, Huelva 8C), 312 fig. 8, lám. 8. El autor mantiene aún hoy esta interpretación (Hoz 2007, p. 31, n. 12) no obstante algunas críticas en su campo, véase Untermann 1997, p. 102, nº 12 [= *MLH* IV 12].

52 Zamora (2010d).

Bibliografía

- Amadasi Guzzo 1991: M.G. Amadasi Guzzo, “Coppe «orientali» nel Mediterraneo occidentale: qualche nota”, *Scienze dell’Antichità. Storia, Archeologia, Antropologia* 5, 1991, pp. 409-415.
- Amadasi Guzzo 1994: M.G. Amadasi Guzzo, “Appunti su iscrizioni fenicie in Spagna”, A. González – J.-L. Cunchillos – M. Molina (eds.), *El mundo púnico: Historia, Sociedad y Cultura*, Murcia 1994, pp. 193-203.
- Benz 1972: F. L. Benz, *Personal Names in the Phoenician and Punic Inscriptions* (Studia Pohl 8), Rome 1972.
- Blázquez – Luzón – Gómez – Clauss 1970: J.M. Blázquez – J.M. Luzón – F. Gómez – K. Clauss, *Las cerámicas del Cabezo de San Pedro (Huelva Arqueológica [1])*, Huelva 1970 [2ª ed., 1989].
- Bonnet 1990: C. Bonnet, “La terminologie phénico-punique relative au métier de lapicide et à la gravure des textes”, *SEL* 7, 1990, pp. 111-122.
- Bonnet 1991: C. Bonnet, “Les scribes phénico-puniques”, C. Baurain – C. Bonnet – V. Krings (éds.), *Phoinikeia Grammata. Lire et écrire en Méditerranée. Actes du Colloque de Liège, 15-18 novembre 1989 (Studia Phoenicia)*, Liège / Namur 1991, pp. 147-171.
- Bonnet 2003: C. Bonnet, “Le scribe”, J.Á. Zamora (coord.), *El hombre fenicio: estudios y materiales*, Roma 2003, pp. 57-65.
- Chabot 1943-45: J.-B. Chabot, “Essai sur le système d’abréviation usité dans l’écriture phénicienne”, *Bulletin archéologique du Comité des travaux historiques et scientifiques*, 1943-45, pp. 217-224 y 237-244.
- Correa – Zamora 2008: J.A. Correa – J.Á. Zamora: “Un grafito tartesio hallado en el yacimiento del Castillo de Doña Blanca (Puerto de Sta. María, Cádiz)”, *Palaeohispanica* 8, 2008, pp. 179-196.
- Cunchillos 1990: J.-L. Cunchillos, “Las inscripciones fenicias del Tell de Doña Blanca (III). TDB 89001 y 89003”, *AuOr* 8, 1990, pp. 175-181.
- Cunchillos 1991: J.-L. Cunchillos, “Las inscripciones fenicias del Tell de Doña Blanca (II)”, *Sefarad* 51, 1991, pp. 13-22.
- Cunchillos 1992: J.-L. Cunchillos, “Las inscripciones fenicias del Tell de Doña Blanca (IV)”, *Sefarad* 52, 1992, pp. 75-82.
- Cunchillos 1993: J.-L. Cunchillos, “Las inscripciones fenicias del Tell de Doña Blanca (V)”, *Sefarad* 53, 1993, pp. 17-24.
- Cunchillos 1994: J.-L. Cunchillos, “Las inscripciones fenicias del Tell de Doña Blanca (I). Primera aproximación”, A. González Blanco – J.-L. Cunchillos – M. Molina (eds.), *El mundo púnico. Historia, Sociedad y Cultura*, Murcia 1994, pp. 205-216.
- Cunchillos – Zamora 2004: J.-L. Cunchillos – J.Á. Zamora, “La epigrafía fenicia del yacimiento del Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María, Cádiz)”, *Palaeohispanica* 4, 2004, pp. 111-134.
- Cunchillos – Zamora 2005: J.-L. Cunchillos – J.Á. Zamora, “The Phoenician Inscriptions at the First Occupation Levels of the “Castillo de Doña Blanca” and Their Historical Implications”, A.M. Arruda (ed.), *Proceedings of the VIth International*

Congress of Phoenician and Punic Studies (Lisbona, September-October 2005), Lisbon 2005, e. p.

- D'Agostino – Garbini 1977: B. D'Agostino – G. Garbini, “La patera orientalizzante di Pontecagnano riesaminata”, *SE* 45, 1977, pp. 51-62, tav. VII-VIII.
- Delavault – Lemaire 1975 : B. Delavault – A. Lemaire, “La tablette ougaritique RS 16.127 et l'abréviation ‘t’ en nord-ouest sémitique”, *Semitica* XXV, 1975, pp. 31-41.
- Delgado 1871: A. Delgado, *Nuevo método de clasificación de las medallas autónomas de España*, Sevilla 1871.
- Fernández Jurado – Correa 1988-1989: J. Fernández Jurado – J.A. Correa, “Nuevos grafitos hallados en Huelva”, *Huelva Arqueológica* X-XI, 1988-1989, pp. 121-142.
- Friedrich – Röllig – Amadasi 1999: J. Friedrich – W. Röllig – M.G. Amadasi (y W. Mayer), *Phönizisch-punische Grammatik, 3. Auflage, neu bearbeitet von Maria Giulia Amadasi Guzzo unter Mitarbeit von Werner R. Mayer* (AnOr 46), Roma 1999.
- Fuentes 1980: M.J. Fuentes, *Vocabulario fenicio (Biblioteca Fenicia 1)*, Barcelona 1980.
- Guzzo Amadasi – Karageorghis 1977: M.G. Guzzo Amadasi – V. Karageorghis, *Fouilles de Kition. III: Inscriptions phéniciennes*, Nicosia 1977.
- Hoftijzer – Jongeling 1995: J. Hoftijzer – K. Jongeling, *Dictionary of the North-West Semitic Inscriptions (Handbook of Oriental Studies. Section 1 The Near and Middle East, 21)*, Leiden / New York 1995.
- Hoz 1969: J. de Hoz, “Acercas de la historia de la escritura prelatina en Hispania”, *Archivo Español de Arqueología* 42, 1969, pp. 104-117.
- Hoz 1976: J. de Hoz, “La epigrafía prelatina meridional en Hispania”, F. Jordá – J. de Hoz – L. Michelena (eds.), *Actas del I Coloquio sobre Lenguas y Culturas Prerromanas de la Península Ibérica (Salamanca, 27-31 Mayo 1974)*, Salamanca 1976, pp. 227-317.
- Hoz 2007: J. de Hoz, “Cerámica y epigrafía paleohispánica de fecha prerromana”, *Archivo Español de Arqueología* 80, 2007, pp. 29-42.
- Koehler – Baumgartner 1985: L. Koehler – W. Baumgartner, *Lexicon in Veteris Testamenti libros*, Leiden 1985.
- Krahmalkov 2000: Ch.R. Krahmalkov, *Phoenician – Punic Dictionary (OLA 90)*, Leuven 2000.
- Ruiz Mata – Pérez 1995: D. Ruiz Mata – C.J. Pérez, *El poblado fenicio del Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María, Cádiz)* (Biblioteca de Temas Portuenses 5), El Puerto de Santa María (Cádiz) 1995.
- Ruiz Mata 1999: D. Ruiz Mata, “La fundación de *Gadir* y el Castillo de Doña Blanca: Contrastación textual y arqueológica”, *Complutum* 10, 1999, pp. 279-317.
- Sanmartín 1995: J. Sanmartín, “Zur Schreibpraxis der ugaritischen Siegel-schneider: die Siegellegende KTU 6.66”, *UF* 27, 1995, pp. 455-465.
- Solà-Solé 1960: J.M. Solà-Solé, “De epigrafía – 1. Nuevas inscripciones púnico-hispanas. 2. Marcas púnicas y neopúnicas. 3. ¿Una marca hebreaica?”, *Sefarad* 20/2, 1960, pp. 277-294.
- Solà-Solé 1961: J.M. Solà-Solé, “La inscripción púnica Hispania 10”, *Sefarad* 21, 1961, pp. 251-256.

- Teixidor 1976: J. Teixidor, "Bulletin d'épigraphie sémitique [X]", *Syria* 53, 1976, pp. 305-341.

- Untermann 1997: J. Untermann, *Monumenta Linguarum Hispanicarum. Band IV. Die tartessischen, keltiberischen und lusitanischen Inschriften*, Wiesbaden 1997 [= *MLH* IV].

- Xella – Zamora 2007: P. Xella – J.Á. Zamora, "The Phoenician Data Bank: The International Project *Corpus Inscriptionum Phoenicarum necnon Punicarum*", *UF* 39, 2007, pp. 773-790.

- Yon – Amadasi 2004: M. Yon (y M.G. Amadasi), *Kition dans les textes. Testimonia littéraires et épigraphiques et Corpus des inscriptions (Kition-Bamboula V)*, Paris 2004.

- Zamora 2005a: J.Á. Zamora, "La práctica de escribir entre los primeros fenicios peninsulares y la introducción de la escritura entre los pueblos paleohispánicos", F. Beltrán – C. Jordán – J. Velaza (eds.), *Acta Palaeohispanica IX. Actas del IX Coloquio sobre Lenguas y Culturas Palaeohispánicas (Barcelona, 20-24 de octubre de 2004)* [= *Palaeohispanica* 5], Zaragoza 2005, pp. 155-192.

- Zamora 2005b: J.Á. Zamora, "Un bollo punico da Puig de la Nau de Benicarló (Castellón) e la questione della stampigliatura anforica nell'occidente mediterraneo", *SEL* 22, 2005, pp. 53-71.

- Zamora 2008: J.Á. Zamora, "Epigrafía e historia fenicias: Las inscripciones reales de Sidón", J.J. Justel – J.P. Vita – J.Á. Zamora (eds.), *Las culturas del Próximo Oriente Antiguo y su expansión mediterránea. Textos y materiales de los cursos de postgrado del CSIC en el Instituto de Estudios Islámicos y del Oriente Próximo (2003-2005)*, Zaragoza 2008, pp. 211-228.

- Zamora 2010a: J.Á. Zamora, "Lengua y escritura fenicias", M.M. Aldón – J.P. Monferrer (eds.), *Lenguas y escrituras en la antigüedad*, Córdoba 2010, pp. 123-168.

- Zamora 2010b: J.Á. Zamora, "Epigrafía y cronología: el nuevo grafito fenicio procedente del solar de 'la calle Ancha' de Cádiz y su eventual datación paleográfica", A.Mª Niveau – V. Gómez (eds.), *La arqueología gaditana hoy: Homenaje a Francisco Sibón*, Cádiz 2010, pp. 419-442.

- Zamora 2010c: J.Á. Zamora, "Bronce y metalurgia en las fuentes fenicias", J. Jiménez Ávila (ed.), *Phoenician Bronzes in Mediterranean*, Madrid 2010.

- Zamora 2010d: J.Á. Zamora, "De orfebres, fenicios e indígenas: la nueva inscripción sobre molde de joyería del Castillo de Doña Blanca (Puerto de Santa María, Cádiz) y el conocido grafito bilítero del Cabezo de San Pedro (Huelva)", *Palaeohispanica* 10, 2010.